

## Presentación del libro 'La Edad Democrática', de José María Michavila

Madrid, 06.10.22

**J**osé María Michavila fue, unos años, “político practicante”. Y como no andan en él divorciadas la voluntad y la inteligencia, ha sido siempre cultivador asiduo de los estudios jurídicos y sociales, que sirven a la política de fundamento sólido. Así lo acreditan los artículos que ha publicado y los libros que ha escrito. Hoy le acompañamos en la presentación del segundo de ellos.

Quien pese y mida los deberes del gobernante, advertirá las gravísimas responsabilidades que contrae el que se arroja a ellos con ánimo ligero y desprovisto de preparación.

Cuando se piensa seriamente la política, se la ve enlazada con los principales problemas de la indagación racional. La política debe ser aptitud, entereza, previsión, desinterés, sacrificio. Tales virtudes concurren en mi amigo José María. Puedo decirlo porque comparezco como testigo: le vi practicarlas cuando compartimos el honor y la carga del gobierno.

Tuve el privilegio de presidir un gabinete que puede albergar el legítimo orgullo de haber prestado a España algunos servicios.

José María protagonizó uno de los más relevantes. Como ministro de Justicia impulsó medidas trascendentales para la lucha antiterrorista:

Durante la presidencia española de la Unión en 2002 se consiguió la extensión europea de la tipificación penal del terrorismo; España promovió la ‘euroorden’ como instrumento de cooperación para combatirlo.

Se introdujo en 2003 el cumplimiento efectivo de las penas por terrorismo, porque no tenía sentido -ni lo tiene- la aplicación igual de beneficios penitenciarios al condenado a tres años que al condenado a tres mil.

Se promulgó de la Ley de partidos, que permitió poner fuera de la ley al brazo político de los pistoleros, dando amparo legal a lo que, luego, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos describió como una “necesidad social imperiosa”.

Tres jalones que traducían en derecho positivo nuestra agenda para la derrota del terrorismo. La propusimos a los españoles resumida en siete palabras: “sólo la ley, pero toda la ley”. Obtuvimos su confianza y cumplimos lo prometido.

Luego, las aguas discurrieron por otros cauces. En todo caso, los que tomamos parte en aquel empeño podemos rendir cuenta de nuestros actos sosteniendo la mirada de quienquiera que pregunte por ellos.

No amnistiábamos por la puerta de atrás a criminales contumaces; les perseguíamos. No mercadeábamos con las condenas; garantizábamos su cumplimiento. No nos prestamos nunca a la comedia del deslinde entre pistoleros y marionetas parlamentarias, para luego negociar con ventrílocuos disfrazados de políticos.

Nos propusimos la derrota integral del terrorismo: la de sus crímenes y la de su estrategia. Y propiciamos las condiciones para hacerla efectiva.

Y en este punto yo quiero significar especialmente la tarea de José María Michavila, incluyendo a dos personas que no puedo dejar de citar, a muchas más, tal vez, pero a dos muy especialmente, a Jaime Mayor Oreja y a Ángel Acebes.

Pero, amigas y amigos, lo que nos reúne hoy es el libro en que José María reflexiona sobre la democracia. Nada más pertinente en los tiempos que corren. Como, además, conduce su reflexión con sencillez y amenidad, la lectura de estas páginas resulta un ejercicio tan sustancioso como grato.

Desde lo que llama en el primer capítulo “la mirada del navegante”, asistimos a una singladura que pretende cartografiar la idea definitoria de la Edad Contemporánea: la democracia.

El texto aborda una relación exhaustiva pero sintética de los cambios introducidos los últimos doscientos años en “la forma humana de ubicarse en el mundo”. En relación con el poder, la vida, el bienestar, lo trascendente, la nación, el Derecho, el dinero o los sentimientos de pertenencia.

Michavila no recata la efusión hacia sus clásicos: la influencia de Gombrich siempre es bienhechora y se deja sentir en el libro. José María consigue ser divulgativo sin renunciar al rigor, y algo más: despertar el apetito de ulteriores ampliaciones.

Porque la mayor virtud de un libro así es disparar el resorte de la reflexión. Pondré un ejemplo. Aun advirtiendo -en la estela de Huizinga- lo relativo de las clasificaciones históricas, Michavila mantiene incierta la fecha final de la “Era Democrática”.

Sostiene que ha concluido, pero duda entre 1989 (caída del Muro), 2001 (atentados de Nueva York) o 2022 (invasión de Ucrania) a la hora de extender su certificado de defunción.

Al mismo tiempo, José María enfatiza su fe en la supervivencia de la democracia: escribe que “ni muere ni va a morir”. Y subraya su adhesión a un “liberalismo humanista” capaz de informar una “democracia con alma” que pueda prolongar su vida más allá de la Era bautizada con su nombre.

Tenemos aquí algo interesante: final de la “Edad Democrática”, supervivencia de la democracia. Michavila está planteando, en el fondo, un tema muy actual: ¿se halla la democracia en trance agónico?

Amigos, muchos advierten cierto desencanto con la democracia. De naturaleza distinta, desde luego, al que inspiró a Churchill la definición resignada que todos conocéis: “el peor de los regímenes a excepción de todos los demás”.

Creo que lo que tenemos hoy, más bien, es un desapego hacia la política en general, como si el arte de gobernar fuese una actividad desesperada. La ‘fatiga democrática’ de que tanto se habla sería el correlato obligado de tal actitud.

Rechacemos esa letanía, pero tengamos el valor de preguntarnos si la democracia alberga en su seno los gérmenes que pueden destruirla.

Se advierten en Europa simpatías hacia gobiernos tecnocráticos, o hacia sistemas sin contrapoderes: algunos empiezan a oponer democracia y eficacia. Los elogios iniciales hacia las autoridades chinas, al comienzo de la pandemia, deben alertarnos. Esas corrientes de opinión reducen el espacio político a lo gerencial, postergando el proceso - siempre conflictivo- de alternativas sobre lo común perpetuamente renovadas en el debate público. Denotan impaciencia por “zanjar la discusión”.

En su libro, José María sospecha -creo que con acierto- que para la democracia el riesgo mortal no está en su presunta impotencia, sino en olvidar la dinámica que la sostiene.

Porque la democracia no es sólo una organización jurídico-política; implica un campo de experiencias mucho más vasto y complejo. Es una forma de convivencia política paradójica, porque institucionaliza el conflicto. Un sistema en que lo común se expresa a través de los signos de la división.

Por eso una vida democrática auténtica es difícil: exige aceptar la incertidumbre, y de ahí la tentación de un poder fuerte que releve a los ciudadanos del peso de elegir.

Las democracias no son débiles, sino frágiles. No es lo mismo. Son frágiles porque dependen de equilibrios delicados y requieren juego limpio. Pero no son débiles: su fragilidad lleva decenios desmintiendo la recurrente profecía de su final.

No hace falta creer, sin embargo, que la democracia sea inmortal para defenderla. Mortal como todo lo humano, sus defensores deben atender, por eso mismo, a lo que puede acabar con ella: la lasitud, el agotamiento, la negación de sus principios.

Alcalá-Zamora, desde su exilio argentino, resumía así la segunda experiencia republicana: “En la muerte de un régimen político, no hace falta autopsia: ha sido siempre por suicidio”.

Amigas y amigos,

A mi juicio, la democracia liberal siempre corre un riesgo, inherente a su naturaleza: descompensarse; dejar de ser democrática o dejar de ser liberal. Que uno de sus dos ingredientes esenciales se divorcie del otro y quiera vivir por su cuenta.

No hay democracia sin demos. La democracia es fruto de un contexto cultural que cree en las capacidades de la persona para manejar su vida. Según esa fe, el ciudadano no es un súbdito a quien dirigir sino un adulto con capacidad y derecho a elegir su propia vida e influir en la colectiva.

Chesterton sostenía que “lo esencial en los hombres es lo que tienen en común y no lo que los separa”. Y que una de las cosas que tienen en común es precisamente el instinto o el deseo político. La tesis democrática, añadía, es que “el gobierno (ayudar a administrar la tribu) se parece a escribir tus propias cartas de amor, a sonarte la nariz y a otras cosas que uno quiere hacer por sí mismo, aunque las haga mal” ya que, concluía, “la creencia democrática se resume en que las cosas más importantes, como la relación entre los sexos, la crianza de los hijos o las leyes del Estado, conviene dejárselas a las personas normales”.

La democracia cree en el buen sentido compartido y en que las decisiones políticas son cuestión de prudencia, no de ciencia. El bien común de una sociedad no es un dato cierto, sino cuestión de opinión. Si fuera discernible por competencia técnica, sólo habría una decisión posible. Eso piensan los que abogan por una “gobernanza” tecnocrática.

En tal caso, el contraste entre visiones del bien común sería sustituido por un consenso técnico. Adiós al pluralismo y a la tolerancia: la ciencia no tolera hipótesis inverificables; las variables de una ecuación se despejan, no se votan.

La democracia debe mantener su condición de régimen popular. Con sinceridad. Hay políticos que convierten en eslogan el halago a “la gente”. Pero dedican mucho más tiempo a sermonear que a escuchar a esa “gente” a quien, en el fondo, desprecian.

Se tiene la impresión de que, si triunfasen, la democracia dejaría de ser un ejercicio popular para cambiar de gobierno y se convertiría en un ejercicio gubernamental para cambiar de pueblo.

Según esos gurús extraviados en el poder comemos mal, bebemos demasiado, no educamos correctamente a nuestros hijos, y usamos un léxico anticuado y ofensivo.

Temo que estemos decepcionando a nuestros dirigentes... Si mirando hacia su altura reconociéramos colosos de virtud, tendrían disculpa. Por desgracia, no necesito extenderme en demostrar lo poco que podemos esperar por ese lado.

José María alude a esto, poniendo como ejemplo de inmoralidad lesiva para la democracia las promesas irrealizables. Y es cierto que, expulsados de su suelo nativo -la tradición piadosa- los milagros se han refugiado en la política.

Todos los días oímos repetir, como lo más natural, que trabajando menos ganaremos más, que produciendo más caro se venderá más barato, que paralizando iniciativas se formarán voluntades enérgicas, que confiando los asuntos públicos a los incapaces se asegura una buena administración, que prometiendo a “la gente” la luna se da prueba de sincero amor por ella, que con individuos pobres se forma una sociedad rica y que desorganizando el conjunto de que formamos parte se contribuye a la felicidad general.

Amigas y amigos,

Todo esto nos recuerda el otro frente. ¿Democracia sin libertad? El populismo, los regímenes iliberales, desprecian y buscan anular el componente liberal de la democracia.

Son herederos de viejas ideas que han acompañado a la democracia, como su sombra, desde que nació. Todas remiten a una inicial: pensar que cuando el poder tiene origen popular no necesita límites.

Los totalitarios de todo pelaje creyeron siempre que el problema de la limitación del poder solo se planteaba cuando la autoridad estaba mal constituida: cuando emanaba de un déspota o de una casta.

Todo el pensamiento liberal ha sido una larga refutación de semejante yerro. Desde la polémica de Constant contra los jacobinos, pasando por el vaticinio de Tocqueville sobre el “despotismo mayoritario”, hasta la “democracia totalitaria” analizada por Talmon. Siempre y en cualquier parte, cuando la invocación del “pueblo” atropella el respeto a las minorías, el derecho de oposición, las garantías individuales, toda la urdimbre, en fin, del Estado de Derecho construido por el constitucionalismo, cuando eso ocurre, olvidaos de la democracia: existirá el nombre, pero no la cosa, porque ninguna democracia sobrevive a la muerte de la libertad.

Amigas y amigos, eLa récusation actuelle de la démocratie ne s'arrête pas là. El desafío actual a la democracia no termina ahí. Elle n'est pas seulement intérieure aux sociétés et cultures où ce régime est né. La corrupción de su naturaleza, la perversión de su principio, son peligros que la acompañarán mientras viva.

Pero hoy nos acucia, además, otra amenaza. Elle se développe dans les sociétés et cultures extérieures où, auparavant modèle enviable, elle cesse à présent de l'être. Se desarrolla en sociedades y culturas para las que el modelo democrático ha dejado de ser envidiable e imitable.

Les récusations du régime démocratique occidental se multiplient en Russie post-soviétique, dans la Chine de Xi Jinping, à travers nombre de courants ou de pays musulmans. Los desafíos se multiplican desde la China de Xi Jinping, el Islam político, las autocracias bolivarianas o la Rusia post-soviética. On peut se demander par quels mécanismes l'affaiblissement intérieur de la ferveur démocratique, favorise ou laisse apparaître les blâmes et les attaques extérieures. La invasión de Ucrania es la expresión más evidente de esta peligrosa alteridad.

Estamos obligados a constatar que, fuera de nuestro espacio democrático, la idea que moldeó una Era ha perdido su estatus de modelo universal. Desde esos otros ámbitos ya no se ve a la democracia como modelo insustituible, como objetivo final de la historia, sino como un régimen particular, defendido por Occidente.

Nada nos garantiza, al margen de nuestro esfuerzo, la perpetuidad de la democracia. Si queremos -y sí queremos- su supervivencia, estamos llamados a no darla por descontado, a cuidar su entramado institucional, a ejercer la “perpetua vigilancia” que es “el precio de la libertad”.

Una manera encomiable de cubrir una brecha en este combate es seguir pensando la democracia, delimitar sus perfiles, limpiar sus adherencias, abrillantar su prestigio.

Querido José María, es lo que tú has hecho escribiendo este libro, y quiero agradecértelo. En él relatas cómo dedicaste el confinamiento y una convalecencia posterior a redactarlo.

Te felicito por el resultado. Corrobora la disposición inquebrantablemente optimista de tu temperamento. Porque viene a demostrar que, en ocasiones, circunstancias muy penosas producen “beneficios colaterales” de mucha cuantía.

Muchas gracias